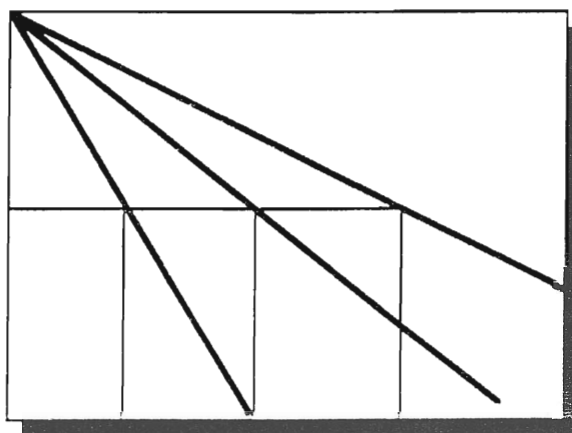


LA ENSEÑANZA Y EL ESTUDIO DE LA ECONOMIA.

Benito Rey Romay.



I. ACLARACIONES INICIALES.

No obstante que algunas reflexiones y conclusiones que expongo en este ensayo podrían ser aplicables a la enseñanza de la economía en otros países, el centro de mi atención es lo que sucede y podría aplicarse, según creo, en el nuestro.

Debo advertir también que aunque mi pretensión fue referirme al ámbito nacional, dudo que lo haya satisfecho cabalmente puesto que hay centros de estudio que no conozco suficientemente y porque me fue imposible liberar el ánimo de mi particular y principal interés por esta Facultad de Economía de la Universidad Nacional Autónoma de México; facultad en la que fundamentalmente me formé y Universidad a la que me debo hoy totalmente.

Debo señalar, además, que mi interés preocupado por el asunto, lo tengo desde hace seis o siete años y que su tratamiento lo hice, por primera vez, en forma muy general, más bien alusiva, en un discurso que pronuncié en ocasión del primer homenaje luctuoso conmemorativo de nuestro maestro Jesús Silva Herzog, discurso que fue recogido por la revista Cuadernos Americanos. Pero este interés me nació y creció, debo confesarlo, de los desenfoces y fallas, muy visibles para todos, de notorios economistas al servicio del Estado y de algunas declaraciones de voceros del sector privado.

Respecto al tratamiento más extenso que hago ahora el tema. Quiero advertir que no me mueve el propósito de hacer crítica acusativa; no me siento con la suficiente autoridad para ello, ni vivo actualmente la práctica de la docencia. Aclarar esto es para manifestar la buena voluntad que lleva lo que aquí digo y solicitar, de antemano, disculpas por las exageraciones y omisiones en que pueda haber incurrido.

Estoy conciente de que esta sesión pública de nuestra Academia no es ocasión para venir a delinear un programa para el estudio de la profesión, sino para sólo discurrir sobre los elementos y fundamentos adicionales que a la enseñanza e investigación podrían dársele para permitirle una mayor comprensión científica de los fenómenos económicos en general, pero, principalmente para ayudar a reorientar el análisis, la crítica y la acción sobre los que afectan a nuestro

país; y al decir reorientación quiero dar a entender que no planteo algo que sea de total inauguración o de mi invención, sino que propongo acciones que, en cierta medida, son retorno a caminos que parecen olvidados o diseñados sin razón científica suficiente.

II. UN POCO DE HISTORIA RECIENTE.

Empezaré la disertación con algunas reflexiones de la enseñanza de la economía en nuestro pasado. Pasado que no es remoto en tanto que varios de los aquí presente vivieron sus inicios.

La pionera enseñanza de la economía en nuestro país surgió de la iniciativa de hombres con formación universitaria y vocación política, animados del propósito de formar economistas para el servicio público. Si bien no hay duda que este fue el enfoque principal, los listados de materias de los antiguos programas escolares revelan el interés, desde un principio por la economía como ciencia social. Poco después se visualizó la necesidad de que los economistas pudieran ser también útiles al sector privado.

El magisterio en esas primeras escuelas estaba constituido en mucho por funcionarios gubernamentales de medios y altos niveles. Rápidamente, la mayor parte, fueron egresados de ellas, aunque muchos habían concluido o avanzado previamen-

te otras profesiones, principalmente las de maestro normalista, ingeniería civil, abogacía y contaduría. El estudiantado, por su parte, estaba integrado por alumnos que provenían de todo el

país y con una buena cantidad de centroamericanos. Casi todos, al tiempo que cursaba su carrera, trabajaban con sus maestros, como ayudantes o auxiliares, en dependencias, de la administración pública central y descentralizada, aunque también, en bufetes de la profesión y en empresas privadas, principalmente de la banca y en las organizaciones empresariales.

La oferta de profesionales que esas escuelas hacían era y fue, hasta hace unos quince años, inferior o igual a la demanda; tan lo fue así que la incorporación al trabajo, aún en niveles de responsabilidad, se hacía antes de la conclusión de los estudios o sin el requisito del título profesional. En suma, el economista, sin importar

entonces la procedencia, era muy solicitada y apreciado.

En tales escuelas, conforme a sus propósitos principales de fundación, se proporcionaba una enseñanza preñada de preocupaciones sociales y nacionales que le daban al carácter de una sociología económica o economía social, que nos hacía muy proclives a la política. Esta clase de enseñanza, en épocas en que la Revolución Mexicana no había pasado a la historia o todavía daba señales de vida, tuvo gran eficacia con egresados que dieron gran lustre a la profesión; y servicios de gran excelencia al país y a su pueblo.

Bien se que lo anterior no es desconocido para muchos; pero conviene traerlo a la memoria para destacar que todo ello configuraba una enseñanza que tenía gran correspondencia con la realidad nacional; la que se impartía en las aulas continuaba con la observación de los fenómenos en vivo, adquiriendo así los maestros el carácter de jefes de seminario de sus alumnos en sus oficinas, impartiendo verdaderas lecciones prácticas. También había entre los alumnos el cotidiano contacto entre condiscípulos que tenían otras profesiones y venían de diferentes Estados de la República y aún de otros países.

Se tenía, además, la presencia de varios de los maestros que habían establecido la profesión en el país, imponiéndose un gran respecto por el estudio y un verdadero celo para los desvíos, que fueron configurado una rigurosa ética profesional que ellos mismos observaban ejemplarmente.

Al destacar lo anterior no pretendo idealizar o insinuar que las primeras escuelas fueron mejores que las correspondientes de hoy, sino señalar que ahora no cuentan con una serie de condiciones propicias que, de alguna forma, todavía hay que compensarles.

Es decir, solo me interesa señalar en este momento las diferentes circunstancias que pueden explicar muchas cosas que se dicen y que son estimulantes acicates.

Ahora bien, sí durante un tiempo solo existieron escuelas de economía en los grandes centros de educación pública superior, y algunas otras en universidades estatales, no mucho después empezaron a establecerse otras en institutos y universidades privadas que, con el tiempo, llegarían a capturar, en conjunto, un gran volumen del estudiantado; mucho de él inicialmente, por medio de becas.

Esa aparición de escuelas privadas, pero principalmente su importante crecimiento después de 1968 (año en que los principales centros de docencia e investigación, así como varias universidades provincianas se vieron sujetos a ofensivas críticas alevosas y fueron objeto de campañas mal intencionadas de desprestigio y de

medidas de discriminatoria prevención) determinaron un cambio severo en la enseñanza de la economía en el país; por lo pronto, empezó a dividirse, puede afirmarse, en abierta y clasista. No quiero sin embargo, dar a entender que no existieran desde antes algunas características de esta división, pero fue, a partir del año mencionado, en el que se inició la verdadera escisión que llegó a la franca y clara división de hoy que, cada vez más, se vuelve ideológicamente contenciosa.

Soy de los que no tienen duda -y al decirlo declaro mi posición- de que tal división fue y es todavía propulsada, concientemente, por los intereses del mundo de los negocios, al que conviene y dan confianza profesionistas que resulten "tecnificados" por los principios teóricos que justifican su existencia y por las lucubraciones pseudo teóricas en que apoyan sus acciones y sus exigencias.

Pero también ha contado para la división la explicable radicalización de izquierda en las escuelas públicas, resultante de la comprensión científica (que permite la economía política que es su original y tradicional estudio) de lo que en el país y en el mundo pasa. Así, gradualmente, fueron abandonando aulas las élites y las clases altas de la sociedad, para engrosar las de las escuelas privadas nacionales y las de universidades extranjeras, principalmente norteamericanas.

III UNA CARACTERIZACION DE LA ENSEÑANZA ACTUAL.

A esa diferenciación clasista gradual se corresponde hoy una marcada diferencia no sólo por origen social y económico de los respectivos alumnados, sino también en cuanto al enfoque teórica de la enseñanza. Así, las escuelas privadas parten del marginalismo subjetivista, postulan una economía pura y un nuevo liberalismo como posición doctrinaria, en tanto que las públicas, continuando su tradición, se atienen al objetivismo y reclaman el amplio intervencionismo económico del estado y la soberanía económica.

Conforme a lo anterior, en las escuelas sostenidas con fondos públicos, se mantiene como núcleo del análisis al marxismo-leninismo, mientras que en las que apoya el sector privado, éste se explica fragmentariamente y sólo como historia ya congelada, fundamentándose la enseñanza en las tesis de profesores como Friedman, Modigliani, Dornbush, etcétera, sin abandonar las pretensiones matemáticas originadas en Walras y Jevons, así como los propósitos de establecer la política económica con base en modelos que presuponen una interacción

mecanicista entre las principales variables económicas.

Estas grandes diferencias en cuanto a los enfoques analíticos y entre sus consecuentes planteamientos y finalidades de la política económica, se pueden apreciar, en forma muy sintética, si se atiende a los extremos calificativos con que cada parte designa a la otra como epítetos: tecnócratas y populistas.

Pero hoy sucede que los egresados de las escuelas privadas han substituido, ya en gran medida, a los economistas formados en las públicas, en los puestos de la administración gubernamental, y ello sin reservas en cuanto a los niveles de autoridad. Pero no solo se ha dado esto, sino que los primeros han estado practicando discriminación, nunca antes vista, contra los que no son de su divisa escolar y también han convencido -o así parece- a muchos de sus colegas que en el gobierno todavía permanecen, de la supuesta validez de sus tesis y de la eficacia de sus procedimientos de ajuste para recuperar una estabilidad económica perdida.

En el discurso a que aludí al principio de esta disertación, advertía que aquellos gobiernos de países pobres y de precaria democracia que se dejan guiar por técnicos que tiene la convicción de que es preciso condicionar la dinámica y expresión de las variables sociales por medio de impuestos parámetros económicos, entrañan el peligro de una tiranía tecnocrática. Pues bien, no se puede negar que ésta se ha estado imponiendo a los mexicanos (no sin contradicción del liberalismo económico que al mismo tiempo se proclama) y que ello se expresa en el Pacto de Solidaridad Económica concluido, así como en su continuador, el Pacto de Estabilidad y Crecimiento Económico, que está vigente. ¿O qué no es tiranía sujetar al mínimo los salarios y dejar en libertad la gran mayoría de los precios, así como contraer el gasto público y el crédito no obstante que con ello crezcan desempleo y sub-empleo?

Pero hay otra pregunta relacionada: ¿qué no son estos pactos elaboraciones de economistas que practican una de las dos economías que en México y en los Estados Unidos se enseñan?

Las respuestas a esas preguntas podrán ser distintas, pero hay una evidencia que a todos los economistas, sin excepción, se nos presenta y es la de que tal política económica se aplica porque se han violado y siguen violándose varios postulados fundamentales clásicos que son el sustento y la validez social de la profesión, tales como aquél de Adam Smith de que: "...ninguna sociedad puede florecer ni ser feliz si la mayoría de sus miembros son pobres o miserables", y el de David Ricardo, que complementa al anterior dándole orientación: de que el meollo de la

economía se encuentra en las leyes que determinan el reparto del producto de la actividad económica entre los que concurren a ella.

Pero aquellas tesis de la contracción productiva, de la reducción del bienestar popular, de la concentración del ingreso y de la enajenación gradual de los ámbitos económicos nacional y estatal que sustentan la llamada política de ajuste, no son solo las que se aplican en razón de una enseñanza que se recibió, sino que son las que se siguen enseñando en algunas escuelas e institutos y las que se difunden a la población como recomendaciones científicas y técnicas de nuestra profesión. Me parece que esta continuidad y esa difusión social deben preocuparnos más, ya que acusan a nuestra ciencia como inhumana y pervierten la comprensión ciudadana.

Si hacemos una reflexión sobre por qué las tesis subjetivistas son tan aceptadas por los estudiantes que las reciben, así como por muchos ajenos a la economía, podríamos dar muchas razones, pero hay dos que me parecen fundamentales para la explicación: una de ellas es que están liberadas de la ética y no implican, por ello, compromiso moral y, la otra, porque en sus planteamientos generales y en su estudio profesional, son relativamente fáciles de aprender. La primera de estas dos razones se debe a la pobreza moral del capitalismo y, la segunda, se abona de la ignorancia tan extendida y de la reconocida insuficiencia de la preparación con que se emprenden los estudios superiores en nuestro país.

Sin embargo, es obvio que la oposición a la economía burguesa no puede argumentarse solo en que ella conduce y justifica excesos inmorales ni, tampoco, añadiendo que su estudio puede hacerse con poca cultura previa y menor esfuerzo intelectual. Desde el enfoque moral, las acusaciones están hechas, son repetidas y deberían haber sido suficientes; pero no lo han sido, como aquella lanzada a centenas de millones de católicos, supuestamente obedientes, desde la muy elevada tribuna del papa Paulo VI, contenida en su encíclica *Populorum Progressio*, cuyo fragmento pertinente en este momento, cito: "Decir desarrollo es efectivamente, preocuparse tanto por el progreso social como por el crecimiento económico...La tecnocracia del mañana puede engendrar males no menos terribles que los del liberalismo de ayer. Economía y técnica no tienen sentido si no es por el Hombre a quien deben servir".

Por tanto, ya está constatado que no es bastante, aunque sea necesario por trascendente, argumentar que hay una conducción económica que es inhumana y socialmente inmoral por provenir de concepciones teóricas falsas,

apoyadas en abstracciones ficticias que los poderes repiten como verdades a la sociedad y hacen permanecer por medio de las escuelas.

Los economistas formados en el objetivismo, aquellos que sostienen y enseñan que el verdadero fin de la economía es lograr que los productos que evidentemente el trabajo social genera, así como el sobrevalor que en el mercado se agrega, sean, por ello, distribuidos y aplicado en forma equitativa y en la medida de las necesidades sociales de digna existencia y de progreso, tienen, sin duda la razón moral. Pero no solo deben reclamar esta razón, sino, también, estar capacitados para demostrar la sin razón científica, como la que ha conducido a los repetidos fracasos de los planes y experimentos de nuestro país durante un decenio. Y no únicamente todo esto, sino, además, tener la lucidez para proponer las medidas alternativas: la capacidad de ser concretamente propositivos para el corto y mediano plazo.

IV. LA IMPORTANCIA DE LA TOTALIDAD TEORICA.

Pero el alcance de esas capacidades no será posible si se aceptan o establecen una enseñanza un estudio que destierren partes del desarrollo dialéctico de la ciencia. No podemos caer en indebidas analogías que nos lleven a esto.

En génesis y la historia de las ciencias sociales tienen, para los que se dedican a ellas, mayor importancia y utilidad analítica que para los profesionales de otras ciencias los suyos. Las humanidades tienen sus propias historias, al igual que las demás ciencias, pero los trancos de su evolución son producto y expresión de la contienda y evolución social. Por tanto, para ellas, el presente solo se comprende como historia, tal como nos lo advirtió Sweezy para la economía resumiendo sus propios juicios y los de otros anteriores a él, y como nos lo repetía Silva Herzog en su cátedra de Historia del Pensamiento Económico.

Por tanto, conviene insistirle a los que va a ser economistas -y también a muchos que enseñan- que no pueden ignorar ninguno de los principales y antagónicos enfoques, ni sus elaboraciones teóricas, que a través de la historia han contenido y contienden por poseer la verdad científica o en favor de intereses lucrativos particulares de grupos y países. Hay que llamarlos a que tomen en cuenta que la Economía, al igual que la Sociología y la Política, no son campos muy propicios para consensos nacionales o universales, como sí lo son, en gran medida, los de las ciencias de la naturaleza, en los cuales las nuevas hipótesis y construcciones científicas, probadas expe-

rimentalmente, son aceptadas sin discusión y excepción y anulan las anteriores para siempre.

Es necesario advertir que en las humanidades antes citadas no hay descubrimientos ni teorías muertas con certificados de perpetuidad como en las ciencias de la naturaleza que si llegan, con sus leyes, a imponer restricciones para siempre y para todos, que ni sus particulares técnicas pueden eliminar: incluso algunas de las pocas leyes económicas provienen de las naturales.

En la ciencia económica, teorías generales o teorías parciales históricamente superadas, se les ve resucitar ya sea renovadas o hibridadas: hoy mismo y desde hace varios años, nos reclama validez el enfoque clásico con fragmentos del operativo Keynesiano, en la llamada síntesis neoclásica, acompañado de la correspondiente doctrina liberal maquillada con unos cuantos rasgos socializadores. Al fin de cuentas, un episodio del proceso dialéctico que protagonizan las históricas e irreductibles tres posturas de los humanos: progresista, reaccionaria y conservadora, que el economista -hay que enfatizarlo- no puede dejar de conocer en lo pasado y de seguir en el presente sin el riesgo de no comprender su ciencia o el de dejar que involucone, sin oposición, para mal del avance social al que indudablemente se debe.

Sin embargo, y ello se advierte mejor en la práctica docente que en los programas de estudios, en las facultades y escuelas públicas la enseñanza de la economía rechaza el conocimiento de amplias partes del desenvolvimiento teórico. Esto, se manifiesta en un acumulado desdén, por años, hacia los enfoques clásico y Keynesiano derivado de la perenne emoción y lealtad (y por momentos obsesión) hacia el formidable paradigma científico marxista, que captura toda la atención con su lúcida crítica a la teoría y funcionamiento del sistema capitalista, con la justiciera a su clase hegemónica y con su siempre válido llamado a la acción política no solo reivindicatoria de la clase trabajadora, sino para, aunque se olvida, la desenajenación de la humanidad toda.

Pero también ese fenómeno de indiferencia se agudiza con la fobia al enfoque neoclásico que hoy conforma la depresiva, deprimente y antipopular política económica actual.

Pero todos estos menosprecios, no obstante explicables, ocasionan fragmentaciones o rupturas del conocimiento. Así, por ejemplo, hay una extendida falta de conciencia entre el estudiantado de que la crítica a la economía política que el mismo Marx hizo, se apoyó y desprendió de, y al mismo tiempo se centró en, el enfoque y postulados clásicos. De igual forma, no visualizan bien que el modelo Keynesiano (hoy todavía en

discusión su vigencia) fue el intento de reducir o cancelar el liberalismo económico ante las evidencias analítica y empírica de que éste es incapaz de hacer permanecer, automáticamente, el equilibrio económico general por medio del mercado. Y que, por esto, pero también para impedir el arribo del estado socialista, postuló y orientó la intervención del estado capitalista, pero utilizando, para todo ello, y en forma no confesada y aviesa, pero no objetable, elementos del análisis marxista.

Por otra parte, no obstante la existencia de diversos y extensos seminarios de economía política establecidos en los programas para profundizar en el análisis marxista, su enseñanza y aprendizaje no acaban de salir del dogmatismo, o de la marxología que persigue solo la erudición. Fuera de las escuelas esta salida sí se ha dado y los intelectuales de izquierda que en México han dado y siguen dando estos pasos importantes, si bien suman sus aportes a los de otros extranjeros, no han calado suficiente en la nacional enseñanza e, incluso, tienden a desaparecer o a desvincularse de la docencia.

Estas situaciones académicas son de lamentarse también en el ámbito social. Si estamos de acuerdo que hoy ya es urgente e imprescindible revitalizar la izquierda militante, tenemos que convenir que esta izquierda requiere para ello formar o aumentar - como ello se considere- sus cuadros intelectuales y técnicos; tarea postergada que corresponde, no solo pero si muy principalmente cumplir, a los centros de enseñanza e investigación.

Así pues, si bien en principio nada hay de objetable en las posturas marxistas de los estudiantes de la ciencia económica si es que ellas son producto de un decantamiento del estudio amplio, riguroso, sistematizado y consistente de la historia las doctrinas y teoría económica, sí hay mucho que objetar, en cambio, desde el punto de vista de la academia y de su eficacia social real, cuando tales posturas provienen únicamente de la emoción ética o, principalmente, de los esquemas que los partidos políticos difunden para obtener el apoyo popular durante sus campañas y para su empeño inobjetable de ampliar sus enclaves en los grupos sociales importantes como lo son los estudiantiles.

Con lo anterior no quiero decir, o adherirme a los que piden que la actividad política sea extirpada a los estudiantes, a los docentes e investigadores, sino subrayar que los centros de enseñanzas y estudio de la economía- de cualquier orientación- deben asumir su responsabilidad de ayudar a fortalecer y elevar el nivel de la lucha social; la de crear profesionales que amplíen, profundicen y deslinden, con rigor,

los diferentes enfoques de la ciencia para sustento de la lucha política y con el claro propósito de que con esto se persigue darle una utilidad práctica a este quehacer y no aumentar el vocerío.

Pero aquellos que nos mantenemos en la gran vertiente marxista, no solo es nuestro caso el de conocerla bien (lo cual implica- lo repito- no aislarla por pruritos equivocados, pero debilitadores y anticientíficos, de no contaminación), sino de actualizarla, ampliarla y adecuarla, para hacerla instrumento práctico de interpretación y de enfrentamiento exitoso. En otras palabras, hoy, en que la economía de los intereses populares ha retrocedido y se entroniza la de los intereses de las minorías y del imperialismo, tenemos que prestigiar la economía política a los ojos de toda la sociedad, no sólo extendiendo su capacidad de explicación hasta la realidad actual, sino desembocándola en la formulación de una teoría para la acción económica que se puede contraponer a la que plantea el falso dilema del estancamiento con inflación o crecimiento con dominio extranjero y concentraciones del ingreso y la riqueza. Si para esta tarea trascendental nos resulta útil el instrumental analítico y teórico desarrollado o expropiado por la economía "al uso", como la calificó el maestro Sacristán Colás, muy torpe sería no utilizarlo.

V. EN BUSCA DE UN MEJOR CAMINO DE ENSEÑANZA Y ESTUDIO

Ahora bien, con mucha razón decimos a menudo que es relativamente fácil o muy cómodo señalar deficiencias o necesidades y deberes de cambio, y que, los que estos señalan, tienen también la obligación de proponer posibles caminos de corrección o superación.

Cumplir esa razonable exigencia, como todos sabemos, ya no es fácil (pero sí obligación intentarlo al menos) más aún reconociendo de antemano que existen mas inteligentes y eruditos que uno mismo y sintiendo temor porque estan presentes y podrían descalificarlo.

De escuchar y estudiar a otros economistas y de hacer reflexiones sobre lo que hoy sucede, ha llegado a parecerme muy importante y por ello lo señalo en primer lugar, que el estudio y la enseñanza de la economía requieren hoy, y desde hace tiempo, ser enmarcados (a partir del momento más apropiado), en el análisis de la crisis que desde hace más o menos dos décadas, según hay consenso, ha venido padeciendo la economía, Crisis muy amplia añadiría, pues es notoria tanto en su capacidad de conducción económica (en la política económica), como en la explicación de los fenómenos (en la actividad

teórica) y en la identificación de tendencias (en la prospección).

Podemos suponer que el sólo planteamiento y discusión de esta crisis total, llevaría a la necesidad natural de andar o recorrer el ya largo y fascinante camino del pensamiento económico dentro de los contextos históricos de sus más lúcidos y socialmente influyentes momentos.

Esto, como puede comprenderse, cumpliría la exigencia de afianzamiento o fortalecimiento teórico a que estuve haciendo referencia.

Pero otra consecuencia, que me parece sumamente importante, sería la de que ubicaría al futuro profesionalista, antes de salir de las aulas, en la situación precaria actual de su ciencia y de su profesión, encaminándolo a nutrirse con semillas científicas de otros cultivos del saber.

En esta necesidad que en lo particular he sentido de espigar en otros campos, he llegado a ciertas conclusiones sobre como podría entenderse mejor el fenómeno económico y sus interinfluencias con el social y el político. Estas conclusiones, como se verá, no son originales, sino que me han surgido, en gran medida, de las de otros, o bien las comparto con ellos que las han adelantado, tales como mis colegas académicos Alfonso Aguilar y Fernando Carmona, así como otros latinoamericanos: Celso Furtado y Pedro Vuscovick y otros cuyos textos estudiamos desde la aulas, como Schumpeter y Baran.

Creo, antes que nada, que el estudio del desenvolvimiento histórico de la teoría es, como ya he insistido, imprescindible e indispensable; pero que no es suficiente. Esto, como algunos recordamos nos lo repetía en muy amplio sentido nuestro maestro Silva Herzog al decir: el economista que solo sabe economía, ni economía sabe.

Es claro que son muchas las materias y disciplinas que en un determinado momento podría uno apuntar como agregados para la formación de un economista capaz, y es seguro que, de inmediato, otros aumentarían el catálogo.

Por supuesto que ningún conocimiento sobraría a un economista, salvo alguna que otra cosa, como las reglas del tenis a que muchos se aficionaron en el sexenio del presidente López Portillo. Pero hay algunos que me parecen insoslayables y que señalo particularmente por ser sustento de algo que diré más adelante. Estos son: la geografía económica, la sociología en su más amplio espectro, las doctrinas políticas y la evolución contemporánea de las tecnologías productivas distributivas y financieras.

Pero todo esto plantea una pregunta: ¿Para qué todo este paquete de conocimientos adicionales?

Me parece que la primera respuesta sería que un economista que recibe en las aulas únicamente el discurrir teórico de su ciencia, incluso suponiendo que sea analizada cada etapa de avance substancial en su marco histórico, tenderá a caer en el determinismo económico, que se revuelve en sí mismo por no considerar los elementos extraeconómicos que no solo son influyentes en las reestructuraciones sociales, sino directamente en la estructura y fenomenología económica en formas ahora evidentes, pero también estudiadas por numerosos pensadores que me vienen a la memoria en desorden; tales como Schumpeter, Burham, Sartre, Galbraith, Marcusse y Packard, así como por otros que han ahondado en el desarrollo desigual, en la economía informal, en la moderna psicología social y en la gran influencia actual de los medios de comunicación, como Mc. Luhan y nuestro compañero académico Bernal Sahagún.

Pero también se sustenta esta necesidad de formación multidisciplinaria en el hecho de que hoy coexisten dos economías: una que podríamos llamar la natural en tanto que consiste en las tradicionales actividades de combinación de factores productivos visibles, tangibles y mensurables, sujetas a diversas competencias en el mercado y, otra que, de tan pura inversión humana, ha llegado a ser hasta abstracta, pero que hay que ser capaz de analizar y entender bien puesto que influye cada vez más concretamente en la primera, tendiendo -y lo va logrando-, a condicionarla totalmente no solo en los ámbitos nacionales sino en los internacionales, aumentando la interdependencia; esto es, aumentando el riesgo de unos países con el desempeño o los intereses de otros, otros que, además, están constituyendo bloques económicos.

Si se está de acuerdo que en el mundo existen esas condiciones que el nuevo economista enfrentará, urge dar respuesta a una pregunta: ¿estamos en las escuelas preparando economistas que puedan identificar, analizar o actuar en ese complejo económico, sociológico, tecnológico y político, velozmente cambiante y en partes oculto en la llamada economía subterránea y en la economía financiera que ya no opera solo centrada y dirigida por las tradicionales instituciones, sino en gran parte dispersa y libre en las grandes corporaciones transnacionales gubernamentales?... ¿Estamos preparando en las escuelas científicos y técnicos aptos para este universo?

Habiendo señalado en los párrafos anteriores algo de lo que creo necesario para aumentar y mejorar la óptica de los nuevos economistas, me resta, sin embargo, cumplir la obligación propositiva de señalar cual podría ser la más

promisoria ruta o punto de partida para hacer capaz a nuestra ciencia del estudio dinámico del fenómeno económico. Para esta proposición voy a permitirme recordar algo que no es nada nuevo para este auditorio, mediante el mínimo y nada riguroso resumen siguiente:

Sabemos, (y empezamos a comprenderlo bien gracias a Marx), que el trabajo y el capital son, con sus resultantes finales: salarios y ganancias, los elementos dinamizadores de la actividad productiva social; dinamizadores en el sentido de que no únicamente reproducen al sistema, sino que lo expanden en las diferentes medidas que cada fórmula de su combinación (cuantitativa y cualitativa) permiten.

Ahora bien, todo lo que esta implícito en este pequeño resumen es entendido y observado tanto por la economía prevaleciente como por la marxista que parte de los análisis de la plusvalía y de la acumulación. Sin embargo, sus desarrollos teóricos no están concluidos en sus aspectos cualitativos y en su forma dinámica, y esto aún tomando en cuenta el importante paso analítico de la reproducción simple a la ampliada marxista, o los efectos combinados del multiplicador y acelerador de los keynesianos, o la mecánica monetarista.

Ese desarrollo teórico incompleto, debido en buen parte a la gran complejidad actual que no ha sido acompañada de un aumento paralelo de la capacidad estadística, si bien no está abandonado, el caso es que no es suficiente para analizar a priori una propuesta de política de crecimiento o formular un modelo alternativo de desarrollo continuo, aún de mediano plazo.

Si se está de acuerdo con lo anterior, llegaremos a convenir en que es necesario introducir a los nuevos economistas y a los investigadores así como a los maestros, a caminos analíticos que prometan una desembocadura práctica, de mayor eficacia operativa, así como enriquecedores de la teoría misma. Creo que el meollo de la cuestión es elegir aquél que permita reducir el exceso de abstracción teórica, exceso que incluso se lleva a la práctica cruel operando experimentalmente con el todo social. Esto está a la vista hoy en muchas partes, como es el caso de nuestro país.

Uno de los caminos que a mi parecer tiene méritos y grandes posibilidades para ser privilegiado, es el del análisis del excedente económico enfocado a: sus fuentes y diferentes caudales de origen; los sectores y actividades en que se acumula; sus determinantes económicos y extraeconómicos de aplicación; sus mecanismo de transferencia productiva e improductiva (sus filtrantes) y sus posibilidades de incremento absoluto.

Una mayor persistencia en esa profundización analítica promete, a mi juicio llegar a sernos de gran utilidad no solo para la crítica del funcionamiento de las economías de hoy, sino también para apuntalar los planteamientos propositivos para estructurar una más humana, estable y progresiva. No hay duda que los planteamientos así sostenidos, tendrían, por otra parte, el consenso social necesario a la lucha política progresista y esto es un gran aliciente adicional.

Sobre las posibilidades y bondades del enfoque analítico del excedente económico, hay convincentes reflexiones y propuestas acuerpadas en estudios y ensayos que se han publicado.

Celso Furtado, por ejemplo, lo considera pieza clave para estructurar una nueva economía política, tarea ésta a la cual convocó desde hace varios años.

Es claro que para seguir a grandes pasos este camino analítico, se requerirá (y con él se desarrollarían), una mayor y más precisa óptica estadística que las actuales: no solo más amplia, sino más desagregada, así como una mejor labor en la monografía y mas virtuosas técnicas de programación y evaluación de alternativas para la aplicación de recursos, que superen con mejores ponderaciones sociales y tecnológicas las actuales de costo-beneficio.

Pero también tendrá entonces mayor utilidad económica y social todo lo que se ha teorizado sobre moneda y crédito y que hoy, con grandes ínfulas, es utilizado solo en su sentido contraccionista y concentrador del ingreso, por el monetarismo.

En fin, creo que podríamos substituir la eterna pregunta de la minoría usufructuaria: ¿cómo hacer rico al país?, por las dos que a nosotros nos corresponde contestar: ¿porqué es tan pobre y tan injusto?; ¿que relación determinante hay entre injusticia social y pobreza nacional?

VI. LA OTRA CARA DE LA PROFESION.

Pero hasta aquí solo me he referido a la formación de los economistas como científicos sociales, a la de aquellos que la desembocarán en los posgrados. Pero queda mucho por decir sobre la mayoría: sobre aquellos que se aplicarán al ejercicio de la profesión.

Quiero empezar este tema con una proposición: este grupo mayoritario de profesionistas, si bien debe ser considerado aparte para su capacitación, este aparte no puede significar que desconozcan lo que antes me he permitido proponer para sus colegas que se dediquen a avanzar la ciencia con la docencia y la investigación. Aquí aparece pues, la necesidad

del llamado tronco común. Y esto así, por la calidad moral e intelectual que siempre hemos querido y demandamos que tenga el economista.

La actuación dentro de la economía real no implica llegar a servir para que la irracionalidad o el abuso sean existosos; ello significaría la perversión de la profesión: pero si a pesar de la formación escolar, ésta se produce, no será culpa de la ciencia social que profesamos, sino de la irresponsabilidad de individuos.

Creo que la cuestión de estos futuros economistas se reduce a su introducción, en determinado nivel de preparación, a especializaciones verdaderas; esto es, delimitadas, programadas y atendidas en formas concretas y no abstractas ni, tampoco, de contenido histórico o anecdótico, como en buena medida tiende a suceder y puede ejemplificarse con las materias economía agrícola y economía industrial, ahora de hecho relegadas al ser optativas dentro de un marco de la enseñanza. Estas materias tienden a convertirse en seminarios de la historia o de los problemas de la agricultura y de la industria mexicana, substituyendo así su verdadero propósito que me parece ser: la capacitación para aplicar el razonamiento económico a los diferentes fenómenos industriales y agrícolas en cualquier tiempo y lugar, así como para entender el papel que desempeñan en el proceso de desarrollo económico y social. La historia y la problemática, importantes sin duda, corresponden a otras materias también precisas.

Siendo generalmente el trabajo profesional de este sector de los economistas a nivel microeconómico y resolviéndose en la gestión, en el control y en el desarrollo de unidades administrativas y productivas, la aptitud suficiente requiere del fortalecimiento de ciertas materias como la de evaluación de proyectos, planeación financiera y proyección de tendencias sectoriales. Sin embargo, dado que la actividad del economista se desempeñará necesariamente en ambientes interdisciplinarios, se requiere también, al igual que en la formación para el desempeño científico, de la incorporación de nuevas materias, principalmente las correspondientes a la integración y funcionalidad del marco institucional y las relativas al nivel actual y perspectivas del desarrollo tecnológico para la producción en cada una de las diferentes especializaciones que se desprendan del tronco común.

Para estos tipos de actividad, resultan indispensables amplias prácticas de campo, continuos ejercicios con casos hipotéticos y conferencias de técnicos de diversas ciencias.

Pero, a fin de cuentas, la idea central a regir todo este asunto de desembocar la profesión también a fines prácticos, es la de crear técnicos

economistas de gran capacidad analítica, que tengan aptitudes para la solución de problemas de microeconomía y un desarrollado sentido para la combinación de factores productivos. Consideradas estas cualidades en conjunto, se integra una verdadera ingeniería económica que no existe, pero que, de crearse, atendería a la preocupación generalizada hoy entre los estudiantes, que no ven posibilidades ciertas y amplias de encontrar empleos en que puedan ejercer su profesión.

Acerca de esto último, mucho se dice que el mercado de trabajo para los economistas esta saturado. Yo considero que sí; que efectivamente lo está. Sin embargo, y de acuerdo a mi experiencia, sólo cuantitativamente y no en lo cualitativo. Esta situación creo que sería un tema importante a destacar dentro de un curso propedéutico de gran alcance para los aspirantes a ingresar a los estudios, con el propósito de que los inicien con el entusiasmo y esfuerzo que se requieren para alcanzar la máxima competencia y enfrentarse, con éxito, a la competitividad, entre sí y con otras profesiones.

VII. UN COMENTARIO FINAL.

Quiero concluir esta disertación con una breve reflexión personal que ha estado insinuándose entre líneas y que no me resisto a concretar:

Si bien nuestra ciencia nació de una necesidad de encontrar las leyes que determinan e incrementan la riqueza y, con ello, formular teorías para el mayor enriquecimiento de gobiernos y de personas organizadas en empresas, contenía sin embargo, desde sus primeros tiempos, alicios morales que la humanizaban.

Con el desarrollo del capitalismo, ese contenido moral inicial se relega a la última de las cuestiones a considerar. Es así que la economía se deshumaniza dentro de los propios países y se vuelve feroz la dinámica de su desenvolvimiento en el campo internacional. Con esto, la economía dirigida por las clases sociales que la dominan y por gobiernos que las privilegian, pervierten el crecimiento productivo y exportador y los convierten en verdadera calamidad social.

Pero de la propia economía en esas condiciones, surge el pensamiento vigoroso que se le opone, la somete a análisis y la convierte en ciencia de liberación; en una ciencia que se agrega a la familia de las humanidades.

Ya con esas a las, se desprende de nuestra ciencia una corriente que la libera de los intereses particulares y alcanza auras que vislumbran los sociales.

Todo esto significó en lo intelectual y en la lucha real una hazaña; una hazaña científica y popular.

De estas reflexiones desprendo una conclusión para la enseñanza: no podremos formar mejores economistas si los buenos planes de enseñanza no alientan la emoción por continuar con esa tarea humanista.

* Disertación del Autor para formalizar su ingreso como miembro de número a la Academia Mexicana de Economía Política. Leída en el Auditorio de la Facultad de Economía de la Universidad Nacional Autónoma de México, el día 27 de julio de 1989.